





**Viaje alrededor
de mi habitación**

de Xavier de Maistre

seguido de

Semblanza de Xavier de Maistre

por Sainte-Beuve

Clásicos del Fondo

Xavier de Maistre

Viaje alrededor de mi habitación

Traducción Puerto Anadón
Ilustraciones de Gustave Staal



Sainte-Beuve

Semblanza de Xavier de Maistre

Traducción de J. M. Lacruz Bassols



Primera edición: febrero de 2007
Segunda edición: octubre de 2011
Tercera edición: septiembre de 2018

Título original: *Voyage autour de ma chambre*

© de la traducción: Puerto Anadón, 2007, 2018
© de la traducción de la *Semblanza de Xavier de Maistre*,
y postfacio: J. M. Lacruz Bassols, 2007, 2018

© de la presente edición: Editorial Funambulista, 2018
c/ Flamenco, 26 - 28231 (Las Rozas) Madrid

www.funambulista.net

IBIC: FC

ISBN: 978-84-93904-51-7
Depósito Legal: M-39070-2011

Motivo de la cubierta: Carl Larsson, *El rincón tranquilo de la sala de estar* (detalle), 1899. Nationalmuseum, Estocolmo

Impresión y producción gráfica: Gohegraf

Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

Viaje alrededor
de mi habitación



*En mucho autor de mucha ciencia
he leído que mucho pierde
quien mucho recorre el mundo*

Canto I de *Verde-Verde, historia de un loro de Nevers*
Jean-Baptiste de Gresset (1734)*

* [Epígrafe en la edición original de 1795, que se ha utilizado como base de la nuestra, a la que se añaden las pocas notas de la edición de 1839.]

I

¡Cuán glorioso resulta abrirse una nueva carrera y aparecer súbitamente en el mundo de los sabios, con un libro de descubrimientos en la mano, como un cometa inesperado centellea en el espacio!

No, no mantendré más mi libro *in petto*; helo aquí, señores, lean. He emprendido y ejecutado un viaje de cuarenta y dos días alrededor de mi habitación. Las interesantes observaciones que he hecho, y el placer continuo que he experimentado a lo largo del camino, me impulsaban a hacerlo público; la certeza de ser útil me ha decidido a ello. Mi corazón experimenta una satisfacción inefable cuando pienso en el número infinito de malhadados a los que ofrezco un recurso asegurado contra el aburrimiento y un alivio a los males que soportan. El placer que uno siente viajando por su habitación está libre de la envidia inquieta de los hombres; es independiente de la fortuna.

¿Existe, en efecto, un ser lo bastante desgraciado, lo bastante abandonado para no poseer un cuartucho donde poder retirarse y esconderse de todo el mundo? He aquí todos los aprestos del viaje.

Estoy seguro de que cualquier hombre sensato adoptará mi sistema, cualesquiera que sean su carácter y su temperamento; ya sea avaro o pródigo, rico o pobre, joven o viejo, nacido en zona tórrida o cerca del polo: puede viajar como yo; en definitiva, en la inmensa familia de los hombres que hormigean por la superficie de la Tierra, no existe ni uno —no, ni uno (me refiero a los que viven en habitaciones)— que pueda, tras leer este libro, rechazar la nueva manera de viajar que introduzco en el mundo.



II

Podría comenzar el elogio de mi viaje diciendo que no me ha costado nada; este artículo merece atención. Helo aquí primero alabado, festejado por gente de mediocre fortuna; existe otra clase de hombres con quien tiene asegurado un feliz éxito, dado que no ha costado nada. ¿Quiénes son esos hombres? ¿Y lo preguntáis? Por otra parte, ¿no es de provecho para los enfermos esta manera de viajar? Ya no tendrán que temer las inclemencias del aire y de las estaciones. Para los cobardes, estarán al abrigo de los ladrones; no encontrarán precipicios ni barrancos. Miles de personas que no habían osado antes de mí, otras que no habían podido, y finalmente otras que no habían soñado con viajar, van a animarse a seguir mi ejemplo. ¿El ser más indolente dudaría en ponerse en camino conmigo para procurarse un placer que no le costará ni esfuerzo ni dinero? Valor, pues; partamos. Seguidme, todos vosotros a los que una mortificación del amor, una negligencia de la amistad, retienen en vuestro aposento, lejos de la pequeñez y la perfidia de los hombres. ¡Que todos los desgraciados, los enfermos y los hastiados del universo me sigan! ¡Que todos los perezosos se levanten en masa! Y vosotros que

maquináis en vuestra mente siniestros proyectos de reforma o de retiro por alguna infidelidad, vosotros que en un *boudoir* renunciáis al mundo para siempre, amables anacoretas de una velada, venid también, abandonad, creedme, esas negras ideas; perdéis un instante de placer sin ganar uno de sabiduría: dignaos acompañarme en mi viaje, caminaremos poquito a poco, riéndonos, a lo largo del camino, de los viajeros que han visto Roma y París; ningún obstáculo podrá detenernos, y, entregándonos alegremente a nuestra imaginación, la seguiremos por todas partes a donde le plazca conducirnos.



III

¡Hay tantas personas curiosas en el mundo!

Estoy seguro de que querrían saber por qué mi viaje alrededor de mi habitación ha durado cuarenta y dos días en lugar de cuarenta y tres, o cualquier otro espacio de tiempo; pero ¿cómo decírselo al lector si yo mismo lo ignoro? Todo lo que puedo asegurar es que si la obra es demasiado larga para su gusto, no ha dependido de mí hacerla más corta: cualquier vanidad de viajero aparte, me hubiera contentado con un capítulo. Estaba, es cierto, en mi habitación con todo el placer y el agrado posible; pero, ¡ay!, no podía salir de ella a voluntad; creo incluso que sin la mediación de ciertas personas poderosas que se interesaban por mí, y por las que mi agradecimiento no se ha apagado, hubiera tenido todo el tiempo de escribir un *in folio* al día, puesto que los protectores que me hacían viajar por mi habitación mostraban una buena disposición hacia mi persona.

Y, sin embargo, lectores razonables, ved cuánto se equivocaban esos hombres, y comprended bien, si podéis, la lógica que voy a exponeros.

¿Existe algo más natural y más justo que pelearse con alguien que os pisa por descuido, o bien que deja escapar algún término picante en

un momento de despecho, causado por vuestra imprudencia, o bien incluso que tiene la desgracia de gustar a vuestra amante?

Se va a un prado, y allí, como Nicole hacía con el Burgués Gentilhombre, uno trata de pasar de tercera parada a cuarta con el florete,¹ y para que la venganza sea segura y completa, se le presenta el pecho descubierto, y se corre el riesgo de que el enemigo os mate al querer uno vengarse de él. Se aprecia que nada es más consecuente, ¡y sin embargo uno encuentra personas que desapruban esta loable costumbre! Pero lo que es tan consecuente como el resto es que esas personas que la desapruban, y que quieren que se la contemple como una falta grave, tratarían todavía peor al que se negara a cometerla. Más de un desgraciado, por acomodarse a su opinión, ha perdido su reputación y su empleo; de manera que, cuando se tiene la desgracia de tener eso que se llama «*une affaire*», no estaría de más que lo echase a suertes para saber si debe terminarlo siguiendo las leyes o siguiendo la costumbre; y como las leyes y la costumbre son contradictorias, los jueces podrían también jugarse a los dados sus sentencias. Y probablemente también sea a una decisión de ese tipo a la que haya que recurrir para explicar por qué y cómo mi viaje ha durado cuarenta y dos días justos.